

# Lo políticamente correcto y la integración social

Miguel Ángel Vite Pérez\*

El objetivo de este ensayo es analizar la problemática de la modernidad, bajo la ideología de lo políticamente correcto. Al realizar los valores universales de igualdad y prosperidad sin distinción de clase, sexo y raza, se publicita la masificación de un consumo mediado por la reivindicación de las demandas de los grupos sociales excluidos. De este modo, se considera que consumiendo el producto publicitado se realiza una buena acción a favor de los grupos marginados; sin embargo, sólo se reproduce la desigualdad social al mantener intacta una estructura económica que continúa privilegiando la concentración en un reducido grupo social, lo cual es más agudo en los países subdesarrollados donde la modernización transcurre sin modernidad.

Palabras clave: corrección política, integración social, pobreza, política social, modernidad.

## El planteamiento

Desde una perspectiva general, los problemas de integración social en las sociedades modernas se han manifestado a través de formas específicas de cohesión por medio de la etnia, la tribu, el sexo y la religión. Esta situación ha transformado a lo *políticamente correcto* en la expresión de una realidad social fragmentada, mediada por el vehículo publicitario y comercial, mostrando que las reivindicaciones de los diferentes grupos sociales no han articulado sus acciones por medio de los valores universales derivados de un sistema democrático liberal.<sup>1</sup> Esto ha sido paralelo al

\* Maestro en Desarrollo Urbano por El Colegio de México, Lucio Tapia Mz. 95, Lte. 14, Zona Escolar, Gustavo A. Madero, 07230, México, D.F. Correo electrónico: miguelvite@yahoo.com

<sup>1</sup> La sociedad democrática también es un modelo que tiene como base el ideal de que los

surgimiento de un contexto caracterizado por el deterioro de las condiciones materiales que garantizaban un bienestar social colectivo, vinculado a la relación asalariada, convertida en la fuente principal de los derechos sociales administrados desde el Estado.<sup>2</sup> Se ha agudizado debido a que la política económica neoliberal ha introducido mecanismos mercantiles en el sistema de administración estatal de los beneficios sociales, lo que vulnera los derechos ciudadanos (Esping-Andersen, 1993: 53), provocando que diversos grupos sociales se hagan cargo de la satisfacción de sus propias necesidades y riesgos, lo cual implicaría vivir en una sociedad de individuos (tratados solamente como átomos) con vínculos débiles y precarios con respecto a los colectivos y a las instituciones. Es decir, el pensamiento neoliberal intenta la recuperación de la autonomía individual en un sentido negativo: tomar decisiones defensivas para conservar la propia existencia frente a la inseguridad laboral y a la que se desprende de la expansión de la criminalidad.

La integración social por medio de las instituciones pierde terreno en un entorno de políticas económicas neoliberales, donde la lógica mercantil recibe mayores impulsos para colonizar el mundo de la vida;<sup>3</sup> mientras, en este contexto, lo políticamente correcto también ha sido una expresión de la crisis de los valores universales de la democrática liberal (Farfán, 1996).

Por otro lado, la expansión de expresiones derivadas de lo políticamente correcto, en mayor o menor medida, aparentemente responde a la propagación de las preferencias mercantiles caracterizadas por su homogeneidad

asuntos públicos sean controlados por los ciudadanos, por tal motivo, Robert Dahl señala que las sociedades se acercan unas más y otras menos a ese modelo (véase García, 1996-1997: 41, 44).

<sup>2</sup> En América Latina la democracia ha sido reducida al aspecto procedimental, es decir, celebración de comicios electorales, por tanto, "...se ha colocado así todo el énfasis en la dimensión política de la ciudadanía, mientras que se daba por descontada la dimensión civil y se le prestaba una atención casi exclusivamente retórica a la dimensión social" (Nun, 2001: 297).

<sup>3</sup> El mundo de la vida se encuentra configurado por tres componentes estructurales: la cultura, la sociedad y la personalidad, sin embargo, lo que ata recíprocamente a los individuos es una red de acciones comunicativas donde las tradiciones culturales juegan un papel importante en el mantenimiento de los esfuerzos de cooperación e interpretación. En otras palabras, los procesos de reproducción cultural, integración social y socialización (Habermas, 1999: 196), pero su colonización implica la introducción de mecanismos de control social relacionados con la lógica mercantil y de la administración, es decir, el poder político. En términos sociológicos, los mecanismos sistémicos (lo económico y lo político) "...acaban desplazando las formas de integración social, e incluso ahí donde está en juego la reproducción simbólica del mundo de la vida. Entonces la mediatización del mundo de la vida adopta la forma de una colonización del mundo de la vida" (Habermas, 1999: 280).

entre el universo de los consumidores, lo cual reafirma la diferencia como un atributo de una sociedad estructurada a través del multiculturalismo (Mattelart, 1998: 83). Sin embargo, la homogeneidad mercantil únicamente hace referencia al individualismo posesivo, el cual responde a la lógica de la dominación del mercado, donde toda acción sólo tiene sentido si hay un compromiso mediado por el dinero. Desde esta perspectiva, lo políticamente correcto se ha integrado a la actual tiranía que ejerce esta nueva fase de mercantilización de la vida social llamada globalización económica (Mann, 2002). Aunque, desde el pensamiento posmoderno, se ha intentado conferirle un carácter subversivo para interpretar los comportamientos de las minorías como elementos de la utopía que busca la construcción de una sociedad integrada a través de las diferencias. No obstante, el propósito de esta reflexión es mostrar que lo políticamente correcto forma parte del proyecto occidental (llamado modernidad y más tarde posmodernidad), vinculado con la búsqueda de la autonomía individual a través de las instituciones y el mercado, arropado tanto por una ideología de derecha como de izquierda, con problemas para su realización en un contexto caracterizado por la crisis de la sociedad del trabajo y el predominio de un individualismo definido por las preferencias mercantiles.

## **Desde la modernidad**

Los valores de la libertad, igualdad y fraternidad, proclamados por la Revolución Francesa, buscaron su puesta en práctica a través de la existencia del Estado-nación, transformándose en el agente de su universalización. Esto confirió a las instituciones burocráticas una tarea con respecto a la realización de las potencialidades individuales para garantizar el establecimiento del llamado interés público, buscando subordinar el interés particular al general, instalando la creencia de que el mejoramiento personal se conseguiría en la medida en que el progreso, visualizado de una manera lineal, se alcanzara con el desarrollo de la ciencia y la tecnología,<sup>4</sup> adminis-

<sup>4</sup> Así, "El espíritu moderno se ha convertido cada vez más en un espíritu calculador. Al ideal de la ciencia natural, de transformar el mundo en un ejemplo aritmético, de fijar cada una de sus partes en fórmulas matemáticas, corresponde la exactitud calculante con la que la economía monetaria ha llenado la vida práctica; la economía monetaria ha llenado el día de tantos hombres con el sopesar, el calcular, el determinar conforme a números y el reducir valores cualitativos a cuantitativos" (Simmel, 2001: 380).

trado por el Estado, y ligado al proyecto de obtención de una autonomía mayor de los individuos: su derecho y su deber de regirse y gobernarse,<sup>5</sup> aceptando también la existencia de una capacidad desigual de los mismos para utilizar las reglas y recursos existentes, legitimando la desigualdad social (Wagner, 1997: 18), instalando, simultáneamente, la tensión entre los lazos derivados de la vida individual y los de las instituciones; en otras palabras, las instituciones, al fomentar libertades, creaban relaciones de posibilidades y limitaciones. Esto configuró el punto de arranque de la modernidad con respecto al discurso de la liberación: “Deseo de conocimiento durante la llamada revolución científica. Autodeterminación-revoluciones políticas (Revolución americana y francesa). Hasta la liberación de las actividades económicas no sujetas al control y reglamentación del Estado Absolutista” (Wagner, 1997: 30-31).

Aunque se celebraba su irreversibilidad histórica, sus efectos represores sobre la libertad se mantuvieron porque su discurso tenía problemas para cumplir las promesas del humanismo burgués: autorrealización individual a través de la autonomía debido a que las instituciones como producto de la acción humana garantizaban el logro de ciertas capacidades, pero también las acotaban; además, el Estado trazó límites y fronteras al proyecto de la modernidad, pero en el siglo XIX surgió la primera crisis de ésta con el nacimiento de los movimientos obreros y la formación de los partidos de masas, ampliando los derechos políticos hacia estratos sociales que no gozaban de éstos.<sup>6</sup> En consecuencia, las instituciones estatales se transformaron en el vehículo de la modernidad, al convertirse en un medio de ampliación de las oportunidades para sectores sociales antes marginados (Dahrendorf, 1994: 63). Esto fue interpretado como el inicio de la constitución de la ciudadanía en las sociedades occidentales,<sup>7</sup> donde los derechos civiles, políticos y sociales encontraron su soporte en las insti-

<sup>5</sup> Georg Simmel señaló que una peculiaridad de Occidente, hasta cierto punto, es una lucha entre la tendencia a la igualación social y la de la diversidad y el contraste individual. Por tal motivo, la moda se puede comprender desde esta perspectiva: en la medida en que ciertas formas de comportamiento y de vestir se generalizan entonces se impone la búsqueda de lo particular como una manera de afirmar la individualidad (Simmel, 2002a: 50-51).

<sup>6</sup> En este sentido, la modernidad, que representó “...ampliar las oportunidades para un número creciente de personas, fue uno de los cambios fundamentales de la historia” (Dahrendorf, 1994: 61).

<sup>7</sup> Desde este punto de vista, las instituciones son un orden basado en normas y reglas pero igualmente constituyen una estructura que tiene “...su propia existencia separada, distanciada, o en todo caso distanciable de las relaciones con cosas o personas” (Dahrendorf, 1994: 154).

tuciones estatales, gracias a la presencia de partidos políticos y sindicatos (Wagner, 1997: 209). Conforme esta perspectiva, la acción colectiva se tornó un elemento importante para la integración social, permitiendo no solamente la supresión de las instituciones sojuzgadoras del pasado feudal y monárquico sino la formación de identidades, lo cual, como parte de un proceso abierto, facilitó la inclusión, pero a su vez impulsó la erosión de las fronteras que impedían su manifestación (Wagner, 1997: 52). En otras palabras, el proceso de inclusión, caracterizado por la transformación de los individuos en sujetos de derechos civiles y políticos, conllevaba su respectiva delimitación, impidiendo la integración de ciertos estratos sociales a las instituciones. Por tal motivo, se presentaron rupturas, que no necesariamente fueron negativas para la modernidad (en su afán de institucionalizar el cambio para controlar los conflictos sociales), y que resultaron funcionales para generar nuevas formas de integración social a través de las instituciones.

Después del periodo entreguerras del siglo xx, la modernidad se identificó con el Estado de bienestar, que se distinguía por la articulación de los derechos sociales con la relación asalariada (Castel, 2001); por tanto, las protecciones quedaron ligadas al llamado derecho al empleo, evitando algunas de las consecuencias negativas derivadas del desempleo y la enfermedad (Castel, 2001: 40). En este sentido, el empleo como productor de derechos sociales se encontraba garantizado por los servicios sociales administrados desde el Estado. Con todo, esta situación terminó por promover “la desintegración de las relaciones de vida cuando éstas son separadas a través de la intervención social legalizada desde los mecanismos consensuales que coordinan la acción y son transferidos a un medio tal como el poder y el dinero” (Sica, 1991: 531). Así, la introducción de la comercialización y la burocratización, como ejes organizativos de las relaciones sociales, provocaron disturbios sobre el mundo de vida que se expresaron como un problema de asimilación de parte del sistema social (Sica, 1991: 532).

De esta manera, los pilares básicos de las identidades colectivas sobre los cuales se construyó la modernidad, como lo fueron la clase obrera y la nación, comenzaron a debilitarse, porque las fronteras de la modernidad organizada, vía las instituciones estatales y el mercado, fueron desbordadas por las prácticas sociales, que pusieron en una posición dudosa la hipótesis de que el Estado intervencionista representaba los intereses comunes del colectivo nacional subordinados a los de la clase obrera. Esto marcó

el fin de la racionalidad lograda por la estandarización y la homogeneidad basada en las grandes magnitudes (Wagner, 1997: 226); sustituida posteriormente por la flexibilización laboral, la nueva forma de subordinación del trabajo al capital, donde la rapidez, la precisión y la diversidad, no estaban ya vinculadas al consumo masivo, sino que respondían a una demanda específica, iniciándose el fin de la sociedad del trabajo al romperse la asociación entre los derechos sociales y el empleo; mientras, la rotación permanente de la fuerza de trabajo dejó de ser la excepción para ser la regla (Castel, 2001: 42).

Concomitantemente, a fines de los años ochenta, la unidad entre sociedad, Estado y partido único, justificada por la ideología del socialismo “real” (Nikolic, 1995) y controlada por la racionalidad del dominio estandarizado y uniforme ejercido a través de la burocracia, se rompió. Este hecho se puede considerar otro indicador del fin de la modernidad organizada, al disolverse la seguridad y la coherencia garantizadas por las fronteras del Estado-nación, manifestándose rápidamente prácticas sociales que, en su momento, fueron evaluadas como marginales. Dicha situación generó la creencia de que la llamada globalización “...se produce en ámbitos en los que hasta ahora se hacía necesario superar muchos obstáculos cuando había que cruzar fronteras nacionales. Los acuerdos monetarios y comerciales entre diversos estados son una expresión de estas ampliaciones” (Wagner, 1997: 229).

Por otro lado, la pérdida de coherencia del sistema capitalista sustentado en las regulaciones estatales ha puesto al descubierto la persistencia de problemas de integración social que contradicen no solamente los principios de igualdad política y social sino la existencia de una desigualdad que, en la sociedad asalariada, era provocada por la presencia de las diferentes categorías de trabajadores basadas en el salario y no en la precariedad laboral, caracterizada por los ingresos bajos y con escasas protecciones estatales (Duber, 2000).

La crisis de la modernidad tiene que ver, entonces, con la pérdida de fuerza de las grandes utopías de liberación –que buscaban a su manera la integración social, sobre todo a través del poder administrativo y el mercado, independientemente del “rinte” ideológico–, al generalizarse una situación de incertidumbre producida por la universalización de las condiciones de vida precarias y por la concentración de las ventajas sociales en los más privilegiados (Sennett, 2000), dando paso a la aparición de estrategias individuales de sobrevivencia, impulsoras de la fragmentación social,

pero, desde la perspectiva de la ideología empresarial, esto ha sido interpretado como una forma de exaltación de la agilidad y del espíritu de iniciativa. En concordancia con este punto de vista, la desigualdad se justifica porque los individuos están dotados de diferentes capacidades y potencialidades, sin necesidad de ligaduras con los grandes colectivos,<sup>8</sup> sustituyendo la búsqueda del interés público por el personal, produciendo una falsa autarquía que debería hacer pensar, desde el sentido común, que cada individuo se puede hacer cargo de su bienestar; mientras, las garantías y ventajas colectivas son ahora dirigidas hacia los individuos atomizados y no hacia el colectivo. Por eso, los fundamentos de la vida en común se quiebran,<sup>9</sup> desaparece el sentimiento de ayuda mutua, interpretado como enseñar a los dominados a no depender de los dominadores; en otras palabras, "...habrá cada vez más personas que nadie necesitará en absoluto. Esto es consecuencia de la disolución, o al menos, su debilidad de los vínculos con lo colectivo" (Beck y Sennett, 2000: 130).

Estos hechos nos indican que el problema de la integración social no fue resuelto con la homogeneidad y estandarización organizada a través del Estado, usando la racionalidad desplegada gracias a la ciencia y a la tecnología, ni con el cálculo ejercido mediante planes y programas de tipo administrativo, ni tampoco con la constitución de identidades colectivas vinculadas a la clase obrera (Martuccelli, 1999: 16).

## Desde la sociología

El sociólogo francés Émile Durkheim (1982) explicó la modernidad como parte del proceso de diferenciación social basada en la división del trabajo y, en consecuencia, "...la integración de la sociedad [...] es una consecuencia de la división social del trabajo" (Martuccelli, 1999: 31). De este modo, la integración de la diferencia resultaba funcional para una sociedad

<sup>8</sup> La descolectivización de las relaciones de trabajo ha provocado su reindividualización desregulada "...una reindividualización que hace reposar sobre el trabajador la responsabilidad principal de asumir en su carne los avatares de su propia trayectoria profesional" (Castel, 2001: 44).

<sup>9</sup> Las instituciones, como se ha sostenido, al menos en las sociedades occidentales, han llegado a ser la base de los derechos civiles, políticos y sociales, donde se incluye el derecho al trabajo y a los requisitos de formación y movilidad (Beck y Sennett, 2000: 128).

moderna en el mismo sentido en que para el sociólogo estadounidense Talcott Parsons (1988) el compartir valores morales comunes cumplía una tarea similar.

Por su parte, con base en un punto de vista estructural, Pierre Bourdieu (2000) señaló que la problemática principal en la sociedad contemporánea es cómo se articulan los diversos procesos de diferenciación social, descritos por medio de la idea de campos, y la capacidad de adaptación de los agentes, a través de los diversos *habitus* –la dimensión subjetiva de los individuos– articuladores de los campos (Martuccelli, 1999: 33).

La modernidad, entonces, vuelve a ser identificada con el proceso de diferenciación de la sociedad (en esferas económica, política, cultural),<sup>10</sup> pero también como un dominio, de acuerdo con Jürgen Habermas, sobre la subjetividad, ejercido a través de la ciencia y la técnica, impidiendo la emancipación del individuo.

El desarrollo de la ciencia y la técnica depende de una racionalidad teleológica fundada sobre el modelo de la sociedad del trabajo, donde la razón instrumental (medios y fines) ha ido en detrimento del desarrollo de la acción comunicativa, la cual podría favorecer la creación de una democracia deliberativa como un elemento de integración social, lo que no se pudo realizar a través del trabajo. La emancipación individual es frenada por el despotismo de la razón instrumental, empero, esto no es semejante al cálculo que realizan los actores para tomar sus decisiones (la acción estratégica), que les permite manifestar su subjetividad a través de la acción comunicativa, en consecuencia, la racionalización es paralela a la expansión del dominio de la técnica y su saber estratégico, configurando una modernidad dualista: “...entre el universo de la racionalidad teleológica [encarnada en los] sistemas sociales y el universo de la racionalidad comunicativa propia de la vida cotidiana” (Martuccelli, 1999: 341).

Por eso, la modernidad es un proyecto inconcluso (Habermas, 1985) en la medida en que existen posibilidades de que las constricciones se dejen de lado para permitir la acción comunicativa deliberativa donde se imponga la fuerza de la razón argumentativa (Habermas, 1989). Por ende,

<sup>10</sup> “...la modernización de la sociedad, la cual se entiende como la extensión de la racionalización hacia el mundo de la vida en el cual el dinero o poder es como un medio [...] que puede ser institucionalizado vía la legislación positiva. Si esta condición es realizada, el sistema económico o administrativo puede ser diferenciado... Solamente sobre esta base las sociedades modernas pueden aparecer, primero sociedades capitalistas y luego... sociedades del socialismo burocrático” (Nikolic, 1995: 20).

existe un desacoplamiento entre la modernidad (como concepto de época) y la racionalidad, en tanto que la universalización de normas de acción y valores y el vínculo entre consumo y desarrollo de las fuerzas productivas, así como la adopción del modelo de organización política llamado democracia liberal son parte de la modernización realizada por la empresa capitalista y el aparato estatal burocrático (Habermas, 1989: 12).

La modernidad fue visualizada como una rebelión en contra de las funciones normalizadoras de la tradición vinculadas con la esfera cultural (Habermas, 1985: 25). Pero también la esfera de la cultura sufre los inconvenientes de la racionalidad monetaria y burocrática, al cumplir funciones de reproducción cultural. La modernización capitalista afecta igualmente a la superestructura, usando el lenguaje marxista, a través de la mercantilización, la burocratización y la “juridificación” de las relaciones sociales, colonizando la base comunicativa de la sociedad (Habermas, 1999: 450-453), amenazando la integración social mediante la acción comunicativa libre de constricciones, porque la lógica política y mercantil propia del sistema político y económico transforma al individuo en un cliente y consumidor, en un contribuyente, con escasa capacidad para ejercer su acción comunicativa (Guibentif, 1996: 121).

Por su parte, el Estado de bienestar (la modernidad organizada) materializa los derechos sociales, pero los derechos de los individuos “...son suprimidos o subordinados a [...sus] necesidades” (Rasmussen, 1996: 40). Así, el mundo de vida como red de discursos no-institucionalizados, donde tendría cabida la propia reflexión colectiva, no conduce a procesos de deliberación informal, efectivos para restringir y regular la lógica del poder económico y político (Guibentif, 1996: 122). De este modo, la acción comunicativa tiene problemas para crear los mecanismos consensuales de coordinación social alejados de la lógica política y económica, donde la regulación se logra por medio del dinero y el poder. Este proceso es, asimismo, componente de la modernización –en el sentido económico y político–, que muestra sus deficiencias para llegar a ser un factor de integración social. Mientras, la modernidad (en el sentido ideológico y cultural) como parte de la búsqueda de la utopía de la autonomía individual, lo encarnó en el programa sociopolítico de la Ilustración que, al final, desembocó en la tiranía de la razón instrumental (Fernández, 2001: 7).

En este sentido, la modernidad es un proyecto inconcluso, pues no logró la realización de la utopía de la autonomía individual ni convertirse en un elemento importante de integración social. Esto tampoco se pudo

llevar a cabo mediante la búsqueda de la utopía del socialismo “real”; empero, la crítica que se puede formular es la siguiente: estar ligado al alcance de alguna dimensión de aquella utopía tal vez sea el origen de las diversas actitudes escatológicas y finalistas asumidas por diversos actores sociales que, en diferentes momentos de la historia de la modernidad, han buscado ser sus principales protagonistas.

La modernidad en tanto proyecto inconcluso tiene como limitación ser parte de una utopía que muestra ciertas características finalistas y teleológicas. En otras palabras, su componente utópico la convierte en algo inconcluso, lo cual se extiende también para la modernización en cuanto a las promesas de mejoramiento material para todos los grupos sociales. Esta limitación, según mi punto de vista, no es valorada por Habermas (1989), cuando se torna en un defensor de la modernidad al enlazarla, según mi interpretación, con otra no-conclusión, a saber: la necesidad del predominio de la acción comunicativa cuya fuerza se encuentra en la racionalidad de los argumentos. Una situación de diálogo idealizada, porque para su cumplimiento deben existir las condiciones materiales para su celebración y además, deben ser válidas para todos.

Sin embargo, la modernidad ha quebrado y disuelto tradiciones para establecer fuerzas políticas, económicas y sociales que se han transformado en factores de cambio. Así, la sociedad moderna se fundamenta a sí misma al desprenderse de la tradición, empero, esto no implica que el problema, sigo insistiendo, de la integración social esté resuelto, solamente indica la presencia de un proceso de diferenciación en subsistemas<sup>11</sup> que cumplen funciones diferentes, ganando autonomía, pero provocando más inestabilidad (Beriaín, 1996: 10-11), ahora traducida como una fragmentación: “[como] primer foco de su vigor. El mundo se desmorona en el interior de una plétora de problemas manipulables” (Bauman, 1996: 87-88). A pesar de querer configurar una estructura manipulable para controlar un “mundo sólidamente fundado” (Bauman, 1996: 74), la vida social es más arriesgada porque hay una “...carencia de significado personal –el

<sup>11</sup> “El proceso de modernización cualitativa le concierne primeramente a la estructura social, llamada la diferenciación funcional, por ejemplo, la especialización y autonomía de las esferas de la sociedad (la clara división entre economía y política, en primer lugar), y en segundo la emancipación desde los tradicionales patrones de identidades individuales y colectivas, tradicional orientación de valores, símbolos de legitimidad y códigos de comunicación” (Nikolic, 1995: 19).

sentimiento de que la vida no tiene valor alguno— [que] se convierte en un problema psíquico fundamental en el contexto de la modernidad tardía” (Giddens, 1996: 42). Una modernidad también conocida con el nombre de modernidad reflexiva, lo que “significa autoconfrontación de la modernidad consigo misma [...] La sociedad del riesgo comienza donde el sistema de normas sociales de provisión de seguridad falla ante los peligros desplegados por determinadas decisiones” (O’Brien, 1996).

A su vez, riesgo y peligro son el binomio que indica daños que afectan de manera diferenciada tanto a los que toman las decisiones como a los que no intervienen en dicho proceso. Son, en otros términos, las consecuencias no pretendidas de las acciones de los sujetos, pero atribuibles al sistema, donde no existen las intencionalidades, la intersubjetividad, sino una reproducción vía lo no-simbólico, las interdependencias funcionales objetivas y no planeadas ligadas a resultados no intencionales de resultados de actividades intencionales (Guibentif, 1996: 121).

Pero en la sociedad del riesgo tampoco se han cumplido las promesas de la democracia parlamentaria, a pesar de su institucionalización, y el problema de la integración social, dependiendo de la coyuntura, se manifiesta como una desarticulación social que la lógica de los partidos políticos no puede detener en un contexto económico neoliberal, por lo que se ensanchan las filas de los excluidos, que desperdician “...sus potencialidades en el desempleo y [...caen] fácilmente en la violencia y en la delincuencia” (Zermeño, 2002).

Por otro lado, lo descrito hasta aquí se constituye, en mayor o menor medida, en cambios y consecuencias que demandan reflexiones actuales que contengan al espíritu de la época: *la exclusión social*, que se ha reforzado ante una situación donde, por ejemplo, las ventajas sociales creadas por las nuevas tecnologías han sido confinadas a un pequeño grupo de jóvenes especialistas: “Para el grueso de los empleos existentes, en la industria y en los servicios, la naturaleza del trabajo fundamentalmente no ha cambiado” (Castoriadis, 2001: 18).

Explotación, bajos salarios y escasas protecciones sociales caracterizan a las sociedades de hoy, en las cuales se ve afectado el proyecto de la autonomía individual retomado, sobre todo en los años sesenta del siglo xx, por los movimientos de mujeres, estudiantes, jóvenes y minorías, mismo que en las décadas posteriores se fue eclipsando, para dar paso a la ideología neoconservadora de exaltación de la privacidad, la individualidad y la despolitización:

La pauperización intelectual de “socialistas” y conservadores, así como su actitud titubeante. Los “socialistas” no tuvieron nada que decir y la calidad intelectual del producto de las evocaciones del liberalismo económico en los últimos 15 años hubieran hecho a Smith, Constant y Mill regresar a sus tumbas, Ronald Reagan [...presidente estadounidense en la década de los años ochenta del siglo xx] fue el jefe de la obra del simbolismo histórico (Castoriadis, 2001: 23).

Existían condiciones para que su discurso neoliberal (que pugna por el “libre mercado”) fuera escuchado por un amplio público, lo que a su vez es resultado de una crisis de la democracia representativa, en el sentido del debilitamiento del ideal de la autodeterminación individual frente a la expansión de una menor participación en los asuntos de gobierno, acompañada de una despolitización de la esfera pública (Cook, 2001: 100).

Por su parte, en el campo del arte, el eclecticismo, la recombinación y el reprocesamiento de las formas pasadas han hecho que

...Donald Barthelme se equivoque en las fechas, pero en cuanto al sentido esté en lo correcto, cuando él escribió “El collage es el principio central de todo el arte en el siglo veinte” (Proust, Kafka, Rilke y Matisse nada tienen que hacer con el “collage”). En suma, el arte “post-moderno” le ha rendido un enorme servicio mostrando cómo ha sido realmente el más grande arte moderno (Castoriadis, 2001: 24).

Desde esta posición, el posmodernismo es una ideología de abandono de la crítica por parte de los intelectuales, que han representado al periodo de la modernidad como estéril y banal, donde simplemente “las cosas van”. En consecuencia, el tiempo posmoderno ha sido definido como de conformismo: “Este conformismo es típicamente realizado cuando cientos de millones de televidentes de todo el mundo diariamente absorben las mismas tonterías, pero también cuando los teóricos van alrededor repitiendo que uno no puede ‘romper con la clausura de la metafísica Greco-Occidental’” (Castoriadis, 2001: 26). Para Castoriadis, la modernidad ha finalizado como proyecto de autonomía individual, a pesar de que el capitalismo ha sido una fuerza en continuo conflicto contra el *statu quo*. Sin embargo, el proyecto de la autodeterminación (cf. Simmel, 2002b: 111-113) no ha concluido, aunque para su realización ha encontrado serios obstáculos en la república liberal y, en su momento, en los regímenes del llamado “socialismo real”, lo cual ha fomentado la apatía y el refugio en lo privado. Los vínculos sociales se han relajado y se busca cobijo en la ética privada

o en el hedonismo esteticista de ciertas culturas juveniles;<sup>12</sup> en consecuencia, la experiencia individual pierde su potencial de autonomía y autodeterminación, además de que el problema de la integración social sigue presente, debido a que la producción y distribución de recursos para la individualización están en pocas manos gracias a una distribución desigual dejada al mercado (Melucci, 2001: 53).

Al mismo tiempo, ciertos conflictos sociales se desplazan hacia lo simbólico y, en este caso, el problema se manifiesta en una lucha por mantener la identidad y su posible articulación con las posibilidades de acceder a los recursos que definen la individualidad para alcanzar la autonomía y la autodeterminación. Empero, se trata de una lucha fragmentada, a la medida de un mundo dividido, lo que responde también a la existencia humana fraccionada (Bauman, 2001: 86). En este sentido, el posmodernismo ha expresado, dependiendo de la situación, cierto desplazamiento del lugar de la subordinación de la forma Estado a una tribu particularista:

En efecto, esto es precisamente lo que ha sucedido en los Estados Unidos. Los diversos grupos estructurados en función del género, la raza y la etnia han llegado prácticamente a ocupar espacios sociales mutuamente excluyentes. [L]a lucha por la igualdad se convierte en una lucha por el poder, pero el poder, dejado de su mano, no reconoce la igualdad (Richard Stevers, cit. en Bauman, 2001: 45).

El posmodernismo, al oponer lo particular a lo universal, las tradiciones (con contenido étnico, tribal) a una ciudadanía abstracta (basada en los grandes principios de la Revolución Francesa), ha puesto en evidencia la tendencia a definir la libertad y la elección individual con base en las preferencias del grupo, de la tribu, de las creencias y gustos de los círculos de los “nuevos intelectuales”,<sup>13</sup> como otra manera de objetar las “ambiciones” uniformadoras del Estado, que supuestamente encarnaba el proyecto de

<sup>12</sup> “Lo social se individualiza no en el sentido más banal expresado con el término de individualismo, sino porque la construcción del sentido en la acción individual resulta constitutiva de los procesos sociales [...] el control se desplaza hasta la formación de las motivaciones y del sentido de la acción” (Melucci, 2001: 32).

<sup>13</sup> En este caso, son los intelectuales, partidarios de la modernidad o de la posmodernidad, que al desempeñar el papel de “legisladores” a través de sus conocimientos y prácticas legitiman su rol como “...los voceros y guardianes de la sociedad como un todo, como los soportes/practicantes de los valores supremos de la sociedad y de su destino [...]. Intelectuales que cooperan con el Estado moderno para crear un cuerpo de conocimiento que debería de producir y apoyar una teoría del orden social: [la] cultura” (Bauman, cit. en Herrero, 2002: 58).

la modernidad, sin reparar en el hecho de que el proyecto de la autonomía y la libertad individual se encuentra marcado por la desigualdad social: “...amplía la libertad entre los que están gustosa y regocijadamente seducidos, mientras que la reduce prácticamente a la nada entre los que están desvalidos y se ven sometidos a la regulación del panóptico” (Bauman, 2001: 46).

La posmodernidad no considera que la polarización detiene el proceso de individualización, sobre todo entre quienes se encuentran en una posición de desventaja social, es decir, aquellos a los que se les han negado los recursos para construir su identidad y ciudadanía: “No son sólo los ingresos y la riqueza, la esperanza y las condiciones de vida, los que se van polarizando cada vez más, sino también –y quizá de un modo más seminal– el derecho a la individualidad” (Bauman, 2001: 47).

Mientras, en el arte, sea éste moderno o posmoderno, se mantiene la tarea intelectual de autorizar, gracias a los conceptos del punto de vista dominante, qué es arte y qué no lo es. Así, se crea una jerarquía, que aprueba nuevas formas de consumo y producción en la sociedad contemporánea (Herrero, 2002: 59). Ahora bien, dicha tendencia se reproduce en un contexto donde las principales pautas o comportamientos de la vida social han sido trasladadas al mercado, debido a que el Estado ha dejado de presidir la reproducción del orden sistémico, porque la atención de los infortunios humanos se ha privatizado y los mecanismos estatales de atención se han desregulado.<sup>14</sup>

En cambio, el consumo y su poder de seducción son concebidos como una actividad individual,<sup>15</sup> donde no caben las consideraciones éticas ni mucho menos el tema de las solidaridades derivadas de los colectivos. Siempre existe un desvanecimiento de las ilusiones consumistas porque, en cuanto a las mercancías, se tiene la sensación de que nunca se alcanzarán los fines interminables de una innovación permanente, lo que ha creado la sensación de que a un mayor consumo más prospera y segura es la sociedad (Lipovetsky, 1994: 143-145). Pero aquí, de nuevo, está presente la desigualdad social, porque “...más amplio y profundo es el desfase entre los

<sup>14</sup> Esta situación indudablemente se debe a la crisis del Estado de bienestar “...la valorización de la sociedad civil y la aparición de la gran pobreza han desencadenado un proceso de dignificación de la actividad voluntaria, los Restaurantes del Corazón, las asociaciones caritativas, las organizaciones no gubernamentales han sido llevados a primer plano por los medios de comunicación” (Lipovetsky, 1994: 143).

<sup>15</sup> Esta ideología ha sido sostenida por pensadores que se han colocado al servicio del neoliberalismo socialdemócrata o liberal, como el caso de Anthony Giddens y el primer ministro británico, Anthony Blair (Dixon, 1998).

que desean y los que pueden satisfacer sus deseos o entre los que han sido seducidos y proceden a actuar [...] La seducción del mercado aparece, simultáneamente, como la gran niveladora y la gran divisora” (Bauman, 2001: 55).

Este tipo de individualismo posesivo es el que lo políticamente correcto, junto con el posmodernismo, han reivindicado, o por lo menos han ayudado a expandir, bajo la falsa creencia de que lo que disuelve y atenta contra lo establecido –una de las peculiaridades del capitalismo (Chirot, 2001)–, constituye un nuevo camino que cuestiona el proyecto de la modernidad occidental, pero en realidad se trata de sus consecuencias y excesos, que conservan la visión eurocéntrica de Occidente (Kozlarek, 2001: 607-608).

Una visión del mundo caracterizada por la búsqueda de la autonomía individual, el reconocimiento del pluralismo y la diferencia y el cosmopolitismo, que forma parte de un proyecto emancipatorio responde a un “...Universalismo eurocéntrico [...] entendido como uno de los pilares ideológicos de una práctica económica, de un proyecto social y político de la construcción de una sociedad mundial bajo el control europeo” (Kozlarek, 2001: 612). Este proyecto ha sido recuperado por el posmodernismo y su expresión a través de lo políticamente correcto, lo que ha sido posible gracias a la expansión de nuevas modalidades de acumulación del capital, desarrolladas en los países centrales para subordinar a aquellos que conforman la periferia. Esto es lo que ahora se llama globalización económica (Wallerstein, 2000).

Ahora bien, el eurocentrismo es también culturalismo, lo que significa “...entenderlo como una particular forma de construcción de la identidad particular europea” (Kozlarek, 2001: 611). Y precisamente su ambición universalista le permite a Europa –y también a los Estados Unidos–, interpretarse a sí misma como el centro del mundo, introduciendo el supuesto de su superioridad sobre las otras culturas. Esto se extiende a otras formas de expresión cultural: el arte, las ciencias, la filosofía y las ciencias sociales (Said, 1985: 199-234).

## Desde el posmodernismo

En la sociedad occidental, la posmodernidad es una respuesta, desde la esfera de la cultura, a la imposibilidad del cumplimiento del proyecto de la autonomía individual como promesa de la modernidad.<sup>16</sup> Se caracteriza

<sup>16</sup>“En otras palabras, hablar de una ‘era posmoderna’ es meramente hablar de las consecuencias

por la estandarización de una forma de vida que reproduce la desigualdad social y que ha sido interpretada por el Estado como un problema relacionado con el crimen, es decir, la criminalización de la miseria y la pobreza (Wacquant, 2001). Esto es resultado de la debilidad de las instituciones estatales encargadas de dotar de seguridad y protección social, excluyendo de las mismas a los pobres, porque ahora no existe una razón "...que justifique la continuidad de su presencia [...] La única respuesta racional ante esta presencia es el esfuerzo sistemático por excluirlos de la sociedad 'normal', es decir, de la sociedad que se reproduce a través del juego entre la oferta de consumo y la elección del consumidor, mediado por la atracción y la seducción" (Bauman, 2001: 77).

Una sociedad posmoderna tiene como justificación la caída de los valores universales de integración social, y reivindica la fragmentación social a través de los particularismos. Esto responde a la crisis del bienestar colectivo gestionado desde el Estado e invalida el discurso de la resistencia a la supuesta tiranía ejercida por el de la modernidad (Jarvis, 1998: 101). Lo anterior, según mi punto de vista, es una falsa creencia, debido a que se ha intentado retomar el viejo proyecto de la modernidad (la realización de la individualidad), pero ahora en un contexto en el cual tienen una mayor hegemonía el mercado y la comercialización de diversos aspectos de la vida social, y donde los medios de comunicación electrónicos son uno de sus principales vehículos (véase Baudrillard, 2002).

Frente a la crisis de las utopías liberal y socialista, han proliferado diferentes tipos de movimientos sociales que sólo reivindican sus propias particularidades y que el posmodernismo ha interpretado como una evidencia del fin de las utopías pertenecientes a un proyecto totalizador. Sin embargo, este hecho significa el fin del fundamentalismo: un paquete totalizador donde cabían visiones religiosas, étnicas, raciales, científicas y de mercado, que han sufrido grietas frente a las utopías que se oponían a la utopía hegemónica de tipo comunista en la Europa Oriental y Central (Alexander, 2001: 585).

Posteriormente, la multiplicación de visiones conectadas con la utopía de la esperanza, así como con las visiones de vida sin muerte ni penurias, forman parte de las concepciones basadas en la trascendencia, propias del inicio del siglo xx (Alexander, 2001: 587). Ahora bien, se ha señalado que en la llamada sociedad civil, la autonomía individual y la pluralidad, fieles a sus orígenes liberales occidentales, podrían configurar un nuevo

de la modernidad, de desarrollos particulares en sus partes constitutivas, llamada democracia liberal, industrialismo, capitalismo, tecnología y ciencia" (Jarvis, 1998: 103).

horizonte utópico, capaz de concretar la propia autorregulación comunitaria, donde la solidaridad emergería a través de la libertad y la interacción voluntaria. Pero se trataría de una utopía que, como se ha apuntado, no pierde el objetivo de alcanzar la autonomía individual, y cada movimiento social, con su proyecto propio,<sup>17</sup> busca reparar la esfera de la sociedad civil para su realización. Aunque sus reivindicaciones abarcan un abanico amplio de demandas, son consideradas como un medio para terminar con la dominación antidemocrática de las estructuras estatales, reafirmando los ideales de autonomía y solidaridad, válidos solamente en un régimen democrático occidental. Son, en todo caso, movimientos que buscan una “reparación” civil y cuando falla

...el esfuerzo de reparación civil idealizada finalizaría, el soñador despertaría, el entusiasmo cesaría. Ellos estarían limitados por las utopías de otras esferas, por ideales no-civiles de justicia derivada desde la vida personal, la comunidad, la familia, la religión, la economía, o razones de partido y Estado. Es ésta su dinámica que crea su propia limitación pero la continuidad crítica y las dinámicas utópicas de la sociedad civil en su edad posmoderna (Alexander, 2001: 589).

Esta situación es la que cierta tendencia posmodernista<sup>18</sup> ha interpretado como una expresión plural de reivindicaciones, que van en contra del pensamiento utópico de la razón instrumental, cuando, en realidad, como

<sup>17</sup> Las reivindicaciones pluralistas de tipo político y cultural (el llamado multiculturalismo) han sido interpretadas como una consecuencia de la quimera de la homogeneidad propia del proyecto de la modernidad, encarnado por la modernidad occidental. Pero yo coincido con Mardones en el sentido de que son resultado de que el sujeto “...no ve cómo mediar el mundo de la objetivación y la mercancía con el mundo subjetivo y de las identidades personales y colectivas. Esta ruptura se ha denominado desde la crítica habermasiana como una colonización del mundo de la vida [...] Desde perspectivas críticas también, Alain Touraine lo llama la cesura de la modernidad: la separación de la instrumentabilidad y de la identidad. Desde una postura más neoconservadora P. Berger lo llamaba la pérdida del hogar, de sentido, en medio de un pluralismo cultural que conduciría hacia un relativismo radical bajo el predominio de una visión objetivista del mundo tecnoeconómico. David Bell lo llama, por una parte, la disyunción de la modernidad e incluso, en una mirada de conjunto de la sociedad burguesa, la herida burguesa, la ruptura entre las lógicas de la libertad desde la tecnoproducción y la cultura moderna” (Mardones, 2001: 47).

<sup>18</sup> Cada corriente perteneciente a la posmodernidad se define por su articulación a alguna reivindicación social o por la crítica que hace a algunas de las consecuencias del proceso de desarrollo capitalista, justificado en su momento, bajo las diferentes “vertientes” de la ideología de la modernidad, de tal manera que existen posmodernismos crítico, tecnológico o productivista, subversivo, de tipo conservador, etcétera (véase Jarvis, 1998: 108-111).

he venido argumentando, es resultado de la imposibilidad de crear situaciones de integración social aunada a los problemas para realizar la utopía de emancipación individual occidental.

En este sentido, el posmodernismo de izquierda adoptó la bandera de lo políticamente correcto como una política de inclusión social, justificándolo ante la proliferación de movimientos sociales (feministas, juveniles, sexuales, pro-derechos humanos, etcétera) que supuestamente ponían en una posición “incómoda” las metanarrativas totalizantes pertenecientes a la modernidad occidental (Jarvis, 1998: 116).

Si para el sociólogo alemán Ulrich Beck la modernidad ha concluido con el fin de la era del trabajo asalariado y de la producción industrial, donde las certezas también se han desvanecido, entonces, la incertidumbre es la característica distintiva de la sociedad del riesgo. Jean Baudrillard coincide con Beck en que la posmodernidad marca el fin de la sociedad del trabajo organizada alrededor de la industria, pero establece que, en términos culturales, es una nueva era donde existe supuestamente más libertad, más consumo y, sobre todo, mayores posibilidades de emancipación (Baudrillard, cit. en Jarvis, 1998: 112). Nuevamente se recoge el proyecto eurocentrista propio de la modernidad occidental: la búsqueda de la autonomía individual, para terminar, a semejanza de lo que hicieron los románticos del siglo XIX con respecto al clasicismo, considerando al posmodernismo como la edad de la desilusión:

La edad de la modernidad fue la edad de la ilusión. El posmodernismo, sin embargo, es la edad de la desilusión [...] Los posmodernistas ahora atacan a la “edad de la razón”, critican el pensamiento de las luces, y reaccionan a los excesos de la razón utópica fundada en los temas simplistas de “verdad, justicia y derecho” (Jarvis, 1998: 112-113).

Desde esta perspectiva, la modernidad fue parte del desarrollo capitalista industrial, no obstante, se supone que dicho desarrollo permitió entrar en la era de la simulación, de la información y de los signos, cuyo sentido se localiza en modelos y códigos.

Por tanto, al lenguaje y a la imagen se les caracterizaba como transitorias e inestables, y en contra de la idea habermasiana —de las potencialidades libertarias del diálogo sin restricciones y coerciones—, cualquier proposición y argumento, por el solo hecho de serlo, no puede tener un significado fijo ni una denotación específica, pero se olvida que para crear argumentos

se necesitan reglas generales y condiciones materiales para su producción, lo que ignoran los posmodernistas subversivos al atacar la propuesta de Jürgen Habermas que deriva la racionalidad de los argumentos.

Han perdido de vista que tanto esta propuesta como lo políticamente correcto son parte de la tradición cultural occidental, y buscan articularse con lo marginal y los reclamos sociales, para crear supuestamente nuevas vías de acceder a una situación de mejoría.<sup>19</sup>

La modernidad significó el triunfo del capitalismo, pero también intervinieron una serie de experimentos culturales que tuvieron lugar en los países capitalistas centrales, circunscritos a una elite con un impacto diferenciado sobre la mayoría de la población. E incluso el socialismo, como he comentado, es parte del proyecto de la modernidad,<sup>20</sup> pero en la contracultura encontró igualmente su expresión, aunque:

No en los países comunistas ni en los partidos socialdemócratas y sí en los movimientos socialdemócratas y en los movimientos modernos, se estableció como su forma de expresión o comunicación aceptada [...] y para muchas personas del mundo el socialismo ha sido la única modernidad que hay y ha habido, no la lucha por imaginarla de otra forma (Bull, 2001: 113).

El capitalismo, sobre todo en la década de 1970, permitió el auge de una cultura de masas conocida con el nombre de *kitsch*, identificada con la posmodernidad, tendiendo los puentes entre ambas para identificarse y crear la cultura mercancía que halló su mejor vehículo en la expansión del mercado y en el desarrollo de los medios de comunicación masiva.<sup>21</sup>

<sup>19</sup> Aquí existe una interesante hipótesis: "...las diferencias culturales irreconciliables son más un producto de las diferentes tasas de modernización que de las divisiones culturales permanentes" (Chirot, 2001: 345).

<sup>20</sup> "La modernización en los países del 'socialismo real' estuvo concentrada en la industrialización, precisamente en aspectos cuantitativos de la industrialización (desarrollo económico extensivo)" (Nikolic, 1995: 20).

<sup>21</sup> Desde esta posición crítica, el posmodernismo implicó: "...el cambio de la mimesis al meme; de la imitación del mundo a la reproducción de la unidad de reproducción; o, dicho de otra forma, de la iconidad a la indexicalidad; y, deduciendo a partir de aquí [...] la aceptación del eclecticismo estilístico los modelos clásicos disfrutaban de su prestigio único gracias a su supuesto naturalismo, su ocasional uso como ornamento en la arquitectura posmoderna fue profundamente anticlásico [...], la dependencia de gran número de consumidores para distribuir/crear el producto, y [...] el borrado de los vestigios sociales de la fabricación, y no de los técnicos" (Bull, 2001: 115).

Por eso, la fotografía, la radio, la televisión, el vídeo son vías para la cultura mercancía y, a su vez, su principal medio de propagación.

Otra peculiaridad de la cultura mercancía son sus fuentes diversas: utiliza en ocasiones la música popular, en otras, lo clásico y las tradiciones populares, argumentos morales, aspectos de la solidaridad, etcétera: “La denominada era posmoderna no ha estado caracterizada por un cambio fundamental en la cultura de la mercancía, sino por la colonización de las instituciones y los medios del clasicismo” (Bull, 2001: 115).

Desde la perspectiva desarrollada, lo políticamente correcto ha ejercido su mayor influencia en los años ochenta del siglo xx en los Estados Unidos. Sin negar la cultura mercancía, canalizó de tal modo las expresiones y comportamientos de unas “pocas voces” que ganó popularidad lo no-escrito, para llegar a ser una regla escrita dentro de la comunidad y poner en práctica su poder de coerción para los que las violaban, tanto de parte de la misma comunidad como del gobierno. Empero, al pasar a ser parte del ejercicio restringido de la libertad de expresión se fue transformando paulatinamente en otra forma de opresión contra la libertad individual y terminó, hasta cierto punto, por ser la expresión de la decadencia social de lo que las generaciones han hecho público con relación a lo que ha sido menos restringido y menos racional (Atkinson, 2000: 3). Pero más que expresión de la decadencia, lo políticamente correcto siguió el camino de fortalecer los particularismos articulados por las costumbres, la etnia, la religión, las preferencias sexuales, negando el carácter universal de las instituciones.

Así, la justicia y el desarrollo personal se concretarían en lo particular y no a través de lo universal, es decir, “...la progresión sería desde los hechos particulares hasta las leyes universales, desde los juicios particulares hacia los principios generales [...] En cada área, lo universal sería prioritario” (Boyle, 1997: 1-2).

La reivindicación de los particularismos y sus identidades políticas hace referencia a las ideas de justicia universal, a las concepciones del libre pensar y del libre hablar, pertenecientes a la cultura liberal occidental, pero muestra una tensión no resuelta por lo políticamente correcto, la relativa a la igualdad formal y la igualdad sustantiva, la cultura occidental y el multiculturalismo, las verdades universales y el conocimiento de los grupos subordinados. Así, se retoma la contradicción señalada entre la igualdad política y las desigualdades sociales como una relación de tensión y, bajo determinadas circunstancias, generadora de conflictos y reivindicaciones

a través de los particularismos, que también han encontrado su mejor expresión en la cultura mercancía que inunda a todas las sociedades occidentales para vender ilusiones y “calmar” conciencias. Todo, pues, ha sido parte del desarrollo capitalista y las permanentes alteraciones que, de manera directa o indirecta, provoca sobre la cultura occidental (cf. Alonso, 1998).

Las alteraciones o desequilibrios que el capitalismo genera mediante la cultura mercancía han provocado la transparencia de asuntos secretos, pertenecientes a la esfera pública y privada, para trivializarlos y convertirlos en asuntos del dominio público. La perfección no radica en el hecho mismo sino en la forma en que ha llegado a ser público.

El mundo capitalista occidental produce realidades mercantilizadas que no son otra cosa que una forma de simulación,<sup>22</sup> caracterizada por su homogeneización, donde no existen las contradicciones, porque la realidad virtual es perfecta, controlable y no contradictoria: “...es lo que sustituye a lo real, es su solución final en la medida en que, a un tiempo, consume el mundo en su realidad definitiva y firma su disolución” (Baudrillard, 2002: 48).

El impacto del desarrollo tecnológico sobre la posible solución del problema de la integración social ha sido mínimo. Por ejemplo, en Irán:

La rápida importación de tecnología [...] era también percibida por los iraníes como una humillación para un pueblo con una cultura tan antigua. Como no eran capaces de aprender la tecnología, se sentían avergonzados. Esa humillación provocó una reacción muy fuerte. Los iraníes casi destruyeron las fábricas de azúcar construidas por *especialistas europeos* debido a la enorme ira que sentían. Consideraban que, como extranjera, esa tecnología había sido incorporada para dominarles. El cambio fue tan rápido que no fueron capaces de aceptarlo. Las grandes masas iraníes que siguieron al ayatola Jomeini pensaban que los grandes planes económicos del sha y sus consejeros occidentalizados no servían para conducirlos al paraíso. *En consecuencia, se acentuaron aún más los valores antiguos.* La gente se defendía escondiéndose en los viejos valores. Las viejas tradiciones y la antigua religión eran el único cobijo a su alcance (Kapuscinski, 2002) (cursivas mías).

<sup>22</sup> Baudrillard establece una concepción semiótica del simulacro y la simulación “...como el proceso de transformación de la vida simbólica dentro de su imagen semiótica cuya realidad-efecto eclipsa la forma. Él también desarrolla, al mismo tiempo, una crítica de la referencia del signo, trazando una vía histórica desde el Renacimiento a la era contemporánea para mostrar cómo lo reciente es marcado por signos cuya referencia propia y apoyo propio y relaciones de reproducción, vienen a constituir su experiencia real para nosotros hoy” (Merrin, 2001: 91).

Lo anterior puede ser interpretado como un proceso de

...descolonización cultural; sin embargo, pone en evidencia de nuevo que la cultura mercancía y lo políticamente correcto tampoco han podido resolver el problema de la integración social,<sup>23</sup> en un contexto de desigualdad social, por tanto, sigue la contradicción entre el principio de igualdad política y el de las desigualdades sociales en las sociedades modernas occidentales. Tal vez, el posmodernismo ha rescatado la tradición crítica propia de Occidente, lo que ha permitido el desenvolvimiento de la modernidad, pero ha reactivado en la vida cultural el valor del relativismo y del pluralismo, favorable a las tendencias conservadoras [...promotoras] de lo iliberal, la antidemocracia, [...y de] estilos de vida monoculturales (O'Brien, 1996: 1074).

## Reflexiones finales

La modernidad y la posmodernidad son dos tendencias culturales que han emergido en las sociedades capitalistas donde tiene una presencia importante la cultura mercancía (Verdú, 1996). Ambas han construido vías alternas de expresión que han sido posibles por la crítica que, en diferentes momentos de su historia, han formulado contra el *statu quo*, es decir, en contra de la petrificación y el congelamiento de la crítica y de las energías innovadoras. Pero también han sido otra forma de expresión de la tensión existente entre la igualdad formal y la desigualdad real generada por el mismo desarrollo capitalista.

El dominio del mundo objetivo, construido por la racionalidad de la ciencia y la tecnología, donde campean lo simulado y lo virtual ha servido, en el plano de los medios de comunicación electrónicos, para crear imágenes y mensajes libres de contradicciones, homogéneos, que sin grandes dificultades se propagan más allá de las fronteras del Estado-nación. Mientras, la subjetividad sufre los efectos negativos del mundo tecnoburocratizado que le impone sus lógicas desprendidas del poder político y el mercado.

Por su parte, lo políticamente correcto, como expresión de comportamientos particulares y reivindicaciones frente a las restricciones y tiranías

<sup>23</sup> En la comunidad de Valencia se ha vuelto requisito indispensable hablar valenciano para los que realizan actividades de servicio público, pero esto es contrario “[...al] espíritu de integración europea y de cosmopolitismo que [...a los valencianos] nos gusta esgrimir de cara a la galería” (Blas, 2002: 8).

que ha creado el mundo de la razón instrumental, coloca en una situación “incómoda” a los derechos colectivos,<sup>24</sup> pero el peligro radica en la decadencia de los valores de integración social, acompañada de la debilidad de las instituciones estatales de bienestar social, para ser sustituidos por las especificidades basadas en las creencias religiosas, costumbres y etnias, reproduciendo la fragmentación de la sociedad<sup>25</sup> impulsada por el mercado.

El individualismo posesivo expresado también en la cultura mercancía ha pretendido sustituir en el arte lo eterno por lo efímero, lo fugitivo, lo transitorio que tiene su validez solamente en un momento debido a que las pautas del consumo así lo establecen (Vidal, 1989: 48).

Pero, lo políticamente correcto, como parte del proyecto occidental, sufre las mismas limitaciones vinculadas a la pérdida de fuerza de los valores de integración social, frente a la expansión de la hegemonía del mercado y de un individualismo posesivo, solamente como experiencia adquirida a través del consumo. Mientras tanto, el retorno de los fundamentalismos (de tipo económico, religioso, étnico, etcétera), nos alerta sobre el peligro que subyace intentar la integración social mediante los particularismos, cuando los lazos colectivos se han debilitado y, en este sentido, el pensamiento débil es la mejor expresión del sentimiento de orfandad (Vattimo, 1994: 38-47).

## Bibliografía

Alexander, Jeffrey

2001 “Robust Utopias and Civil Repairs”, en *International Sociology*, vol. 16, núm. 4, pp. 579-591.

<sup>24</sup> El crítico literario estadounidense, Harold Bloom, con respecto a lo políticamente correcto, dice que en la Universidad de Stanford los “...‘políticamente correctos’ le insultaron y abuchearon [...] Si esto sigue así, primando la enseñanza de la literatura en función del género, la etnia, las tendencias sexuales o las opiniones políticas, la sociedad acabará autodestruyéndose” (Moret, entrevista a Harold Bloom, 2002: 36).

<sup>25</sup> En otras palabras, una sociedad donde sus partes no se encuentran integradas por elementos comunes sino por estrategias de sobrevivencia, como el caso de los países subdesarrollados, donde lo informal es la regla más que la excepción y los lazos que se establecen con la formalidad, integrada por las instituciones burocráticas estatales, son sumamente débiles (véase Bayat, 1997). Esta consideración es diferente a señalar que el posmodernismo ha hecho de lo fragmentario su objeto tanto en el arte como en la literatura (Vidal, 1989: 39).

- Alonso, Fernando  
 1998 *Políticamente incorrecto. Ensayo de pensamiento para el final del milenio*, Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid.
- Atkinson, Philip  
 2000 *A Study of Our Decline*, 6/05/02 [disponible en <http://www.users.bigcond.com/smartboard/pc.htm>].
- Baudrillard, Jean  
 2002 *Contraseñas*, Anagrama, Barcelona.
- Bauman, Zigmunt  
 1996 “Modernidad y ambivalencia”, en Josexo Beriain, comp., *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*, Anthropos, Madrid.  
 2001 *La posmodernidad y sus descontentos*, Akal Ediciones, Madrid.
- Bayat, Asef  
 1997 *Street Politics. Poor People's Movements in Iran*, Columbia University Press, Nueva York.
- Beck, Ulrich, y Richard Sennett  
 2000 “En busca de una nueva orientación”, en *Archipiélago*, núm. 44, pp. 125-132.
- Beriain, Josexo, comp.  
 1996 *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*, Anthropos, Madrid.
- Blas, José Luis  
 2002 “El debate sobre el valenciano. Sobre el requisito y lo políticamente correcto”, en *El País, Edición Comunidad Valenciana*, 21 de mayo.
- Bourdieu, Pierre  
 2000 *Poder, derecho y clases sociales*, Desclée de Brouwer, D.L., Bilbao.
- Boyle, James  
 1997 *Universalism, Justice and Identity Politics: From Political Correctness to Constitutional Law*, 6/05/02 [disponible en <http://www.wcl.american.edu/pub/faculty/boyle/identity.htm>].
- Bull, Malcolm  
 2001 “Entre las culturas del capital”, en *New Left Review*, núm. 11, pp. 111-128.
- Castel, Robert  
 2001 “¿Por qué la clase obrera ha perdido la partida?”, en *Archipiélago*, núm. 48, pp. 37-45.

- Castoriadis, Cornelius  
 2001 “The Retreat from Autonomy: Post-modernism as Generalised Conformism”, en *Democracy and Nature*, vol. 7, núm. 1, pp. 17-26.
- Cook, Deborak  
 2001 “The Two Faces of Liberal Democracy in Habermas”, en *Philosophy Today*, primavera, pp. 95-104.
- Chiot, Daniel  
 2001 “A Clash of Civilizations or of Paradigm? Theorizing Progress and Social Change”, en *International Sociology*, vol. 16, núm. 3, pp. 341-360.
- Dahrendorf, Ralf  
 1994 *Ley y Orden*, Editorial Civitas, Madrid.
- Dixon, Keith  
 1998 *Les évangélistes du marché. Les intellectuelles britanniques et le néo-libéralisme*, Raisons D’Agir Éditions, París.
- Dubet, François  
 2000 *Les inégalités multipliées*, Éditions de l’Aube, París.
- Durkheim, Emilio  
 1982 *La división del trabajo social*, Akal, Madrid.
- Esping-Andersen, Gösta  
 1993 *Los tres mundos del Estado del bienestar*, Ediciones Alfons El Magnánim-Institutió Valceniana D’Estudis i Investigació, Valencia.
- Farfán, Rafael  
 1996 “Del paradigma político de la transición. Estudio crítico de un modelo de análisis político”, en *Sociológica*, núm. 30, 22-39.
- Fernández, Roberto  
 2001 “Modernidad larga, breve posmodernidad”, en *Astrágalo. Cultura de la Arquitectura y la Ciudad*, núm. 19, pp. 7-20.
- García, Roberto  
 1996-97 “Poliarquía y democracia”, en *Estudios, Filosofía, Historia y Letras*, núm. 47, pp. 40-60.
- Giddens, Anthony  
 1996 “Modernidad y autoidentidad”, en Josetxo Beriain, comp., *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*, Anthropos, Madrid.
- Guibentif, Pierre  
 1996 “Approaching the production of law trough Habermas’s concept of communicative action”, en Mathieu Deflen, *Habermas*,

*Modernity and Law. Philosophy and Social Criticism*, Sage Publications, Londres.

Habermas, Jürgen

1985 “La modernidad, un proyecto incompleto”, en Hal Foster, *La posmodernidad*, Kairós, Barcelona.

1989 *El discurso filosófico de la modernidad*, Taurus, Madrid.

1999 *Teoría de la acción comunicativa II. Crítica de la razón funcionalista*, Taurus, España.

Herrero, Marta

2002 “Towards a Sociology of Art Collections. Irish Intellectuals, Modernity and the Making of a Modern Art Collection”, en *International Sociology*, vol. 17, núm. 1, pp. 57-72.

Jarvis, Darryl

1998 “Posmodernism: A critical Typology”, en *Politics and Society*, vol. 26, núm. 1, pp. 95-142.

Kapuscinski, Ryszard

2002 “Un mundo, dos civilizaciones”, en *El País*, 24 de febrero [disponible en [http://www.elpais.es/articulo.html?xre...hor=elpepiopi&type=Tes&d\\_date=20020224](http://www.elpais.es/articulo.html?xre...hor=elpepiopi&type=Tes&d_date=20020224)].

Kozlarek, Oliver

2001 “Critical Theory and the Challenge of Globalization”, en *International Sociology*, vol. 16, núm. 4, pp. 607-622.

Lipovetsky, Gilles

1994 *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Anagrama, Barcelona.

Mann, Michael

2002 “La globalización y el 11 de septiembre”, en *New Left Review*, núm. 12, pp. 5-26.

Mardones, José

2001 “El multiculturalismo como factor de modernidad social”, en Francisco Colom, ed., *El espejo, el mosaico y el crisol. Modelos políticos para el multiculturalismo*, Anthropos, Barcelona.

Martuccelli, Danilo

1999 *Sociologies de la modernité. L'itinéraire du xxe siècle*, Gallimard, París.

Mattelart, Armand

1998 *La mundialización de la comunicación*, Paidós, Buenos Aires.

- Melucci, Alberto  
 2001 *Vivencia y convivencia. Teoría social para una era de la información*, Trotta, Madrid.
- Merrin, William  
 2001 “To play with phantoms: Jean Baudrillard and the evil demon of the simulacrum”, en *Economy and Society*, vol. 30, núm. 1, pp. 85-111.
- Moret, Xavier  
 2002 “Harold Bloom/crítico literario, ‘Los lectores están en peligro de desaparición’”, en *El País, Edición de la Comunidad Valenciana*, 22 de mayo.
- Nikolic, Milos  
 1995 *The causes of the breakdown of “real socialism”*, Universidad Nacional Autónoma de México (El Mundo Actual: Situación y Alternativas), México.
- Nun, José  
 2001 *Marginalidad y exclusión social*, Fondo de Cultura Económica (col. Popular, núm. 591), Buenos Aires.
- O’Brien, Peter  
 1996 “Migration and its Risks”, en *International Migration Review*, vol. 30, núm. 4, pp. 1067-1077.
- Parsons, Talcott  
 1988 *El sistema social*, Alianza, Madrid.
- Rasmussen, David  
 1996 “How is valid law possible? A review of between facts and norms by Jürgen Habermas”, en Mathieu Deflen, *Habermas, Modernity and Law. Philosophy and Social Criticism*, Sage Publications, Londres.
- Said, Edward  
 1985 “Antagonistas, públicos, seguidores y comunidad”, en Hal Foster, ed., *La posmodernidad*, Kairós, Barcelona.
- Sennett, Richard  
 2000 *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona.
- Sica, Alan  
 1991 “Review Essay: The Power of Talk”, en *American Journal of Sociology*, vol. 97, núm. 2, pp. 524-533.

- Simmel, Georg
- 2001 *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Ediciones Península, Barcelona.
- 2002a *Cuestiones fundamentales de sociología*, Gedisa, Barcelona.
- 2002b *Sobre la aventura. Ensayos de Estética*, Ediciones Península, Barcelona.
- Vattimo, Gianni
- 1994 *La sociedad transparente*, Paidós/ICE-UAB, Barcelona.
- Verdú, Vicente
- 1996 *El planeta americano*, Anagrama, Barcelona.
- Vidal, África
- 1989 *¿Qué es el posmodernismo?*, Universidad de Alicante, Alicante.
- Wacquant, Löic
- 2001 *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Manantial, Buenos Aires.
- Wagner, Peter
- 1997 *Sociología de la modernidad. Libertad y disciplina*, Herder, Barcelona.
- Wallerstein, Immanuel
- 2000 "Globalization or The Age of Transition? A Long-Term of the Trajectory of the World-System", en *International Sociology*, vol. 15, núm. 2, pp. 249-265.
- Zermeño, Sergio
- 2002 "¿Mundialización de la derecha?", en *La Jornada*, 16 de mayo [disponible en [www.jornada.com.mx](http://www.jornada.com.mx)].

Artículo recibido el 23 de abril de 2003 y  
 aceptado el 7 de mayo de 2003